

Andina

(Novela fantástica)

Ana Roqué de Duprey (1853-1933)

Aún no había desaparecido la Atlántida en el fondo de los mares. Aún la joven América permanecía ignorada para los hombres del Oriente, y en su soberbia grandeza, ostentando espléndida vegetación, aparecía cual reina de los mares desconocidos, reclinada en el lecho del océano.

Todo en aquella tierra virgen donde no había puesto su planta el hombre civilizado era grandioso e imponente.

La Naturaleza pródiga la había dotado de sus más sublimes bellezas, y de sus más terribles horrores.

Cual brillante diadema de su frente poseía magníficas montañas que empezando en Alaska iban a terminar a Patagonia.

En sus bosques inmensos poblados de árboles gigantes, cuyas copas se confundían con las nubes, y en sus impenetrables selvas se oía el rugido de las fieras, reinas de la fauna americana.

Sus caudalosos ríos, que semejaban mares, se precipitaban acá y allá por simas espantosas, formando imponentes cataratas que hacían retemblar la tierra, cual si se sucediese continuado y horroroso cataclismo.

El mar de las antillas no existía; pues un hermoso valle, extendiéndose desde New-York a Venezuela, unía las dos Américas, que era sólo una vastísima extensión.

En este hermoso valle tropical, existían varias poblaciones indígenas, y en una de ellas vivía el primer cacique de aquellas tierras llamado Andes, soberbio atleta de cabellera cana y porte distinguido e imponente.

Aunque el poderoso indio tenía innumerables riquezas y muchísi-

mas esposas, sólo le había concedido el Cemí una hija de sorprendente hermosura.

Andina tenía en su rostro peregrino toda la singular belleza de su tierra; sus ojos eran de un azul profundo, como el cielo de las noches tropicales, en los reflejos de su mirada ardiente se veían cambiantes de luz, cual si los hubiera robado a la sin par Canopus o a Sirio, astro sagrado del Egipto.

Su larga y nudosa cabellera, de un negro azulado, cubría pudorosa su inocente desnudez. Y en lo alto de su cabeza se levantaba con gracia inimitable un penacho de cabello blanco como la nieve del Sorata; y este lunar que semejava una pluma de cisne, en vez de afearle, le prestaba la majestad de una reina.

Sus labios eran rojos como las guindillas de sus prados, y ardientes como el fuego inextinguible de sus volcanes.

Aunque fina y delicada, su tez era una mezcla de rojo y bronceado, que no hubiera sido del gusto de las mujeres de cera y nácar del Oriente, pero que no dejaba de tener su original belleza. Su cuerpo era un conjunto de perfecciones, pues tenía la esbeltez de la palmera americana y las mórbidas formas de una estatua griega.

La expresión de su fisonomía tenía un hechizo tan encantador, tan suyo, que los indios decían en su poético guirigay: “¡Ver a Andina y morir abrasado de amor y de locura!”

Vivía la princesa del valle andino en un palacio de oro puro adornado de gruesísimos brillantes extraídos por sus esclavos de las minas inagotables del Brasil; cuyo palacio estaba en la cima de altísima montaña y su basamento era de plata.

Cien leones y otras fieras custodiaban tan maravilloso albergue, y millones de pájaros de vistosísimo plumaje daban música a todas horas a la preciosa niña, hija del primer cacique de la tierra americana, que se sentía feliz en medio de aquella primorosa y sonriente naturaleza. Sin embargo, a pesar de que todo lo que la rodeaba era rico, bellissimo y grandioso, Andina se sentía a veces acometida de mortal tristeza, cual si una aspiración vaga, un deseo no satisfecho la inquietase.

Quince veces el astro Sol había visitado la constelación del Tauro en aquel precioso mes en que las flores se ostentan más hermosas, desde que la princesa de los Andes viera la luz primera de su vida.

Había llegado ya la época en que su ser de exuberante juventud había de experimentar sacudimientos extraños, éxtasis voluptuosos, ansias infinitas, estremecimientos que conmovían el corazón y la hacían tan pronto llorar amargamente, como reír sin saber por qué; y la inocente joven no podía explicarse aquel extraño fenómeno que la ponía fuera de sí.

Pero inconscientemente su imaginación se fijaba en mil detalles que antes pasaran desapercibidos. Notó que en aquel valle de eterna primavera las flores abrían su cáliz seductor para recibir el beso de la brisa, que le traía el polen divino germen de nueva vida y de fuerza nueva.

Reparó en la renovación constante de la floresta toda que a impulsos de un poder desconocido el retoño verde y fragante reemplazaba con ventaja en cada planta las hojas desprendidas del árbol en fuerza del hálito abrasador del tiempo que todo lo marchita.

¡Así también las ilusiones del hombre una vez satisfechas son arrebatadas por el frío desencanto para ser renovadas en seguida por otras nuevas y más seductoras, que morirán también a su vez; por una ley ineludible de la Naturaleza que todo lo transforma y renueva, así el mundo físico en que vive el hombre, como el mundo moral que lleva dentro de su alma!

También impresionó sus sentidos la hermosura de la mañana al presentarse en el horizonte el astro de fuego, que nos da calor y vida, y se sentía arrobada por los deliciosos cantos de las aves que llenaban su alma de puro regocijo.

Y, por una extraña intuición, aquel concierto de la naturaleza al saludar el amanecer le hacía caer de hinojos sobre la alfombra de fresca yerba y elevar al ser desconocido que preside la creación un himno de suprema dulzura, entonado por la voz fresca y poderosa, que se unía al canto melodioso de los pájaros del bosque, al murmullo del agua de los ríos, y a los ruidos todos de la campiña en su bello despertar.

Así también su alma virgen e inocente se sentía presa de honda melancolía, cuando el sol descendiendo hacia el ocaso entre nubes opalinas en la hora del anochecer, dejaba a la tierra envuelta en sombras cual un sudario de dolor, que nos recuerda a los humanos que

nuestra vida es un constante vaivén, donde tan pronto reímos como derramamos lágrimas de acerbo sufrimiento.

Y sólo así podía satisfacerse la inconstancia del hombre; pues hasta la suprema dicha si fuera continuada y uniforme acabaría por hastiarnos, y se convertiría en horrible tormento, en el mar sin orillas donde el goce no existiría, pues este proviene de la ley de los contrastes; tal es nuestra miserable condición que todo en nosotros tiene que ser mudable y perecedero.

Andina vio las dulces caricias que se prodigaban las aves y hasta las fieras al sentir el hálito abrasador de una fuerza poderosa que las atraía a su pesar y cuyo nombre ella no sabía.

Todo en su derredor hablaba aquel lenguaje de sublime encanto que cual una promesa sagrada, hecha a la Naturaleza, parece decirle: “Tú no morirás, en ti misma llevas la fuerza de la vida que se transforma incesantemente, pero que no perece jamás”.

Es el anochecer y amanecer eterno que nos trae siempre joven y siembre bello al día siguiente, lo que el anterior mustio y triste desapareciera entre las sombras.

Paseaba Andina su hermosura por las orillas de un mar fosforescente, una noche en que la luna en su lleno esparcía sus reflejos plateados, rielando en las ondas cristalinas; y en su lenguaje poético preguntaba a la brisa, a las olas, a las palmas de la ribera, y a las aves que entonaban su canto entre las frondas, qué era aquel fuego que la devoraba, que hacía estremecer su corazón y la llenaba de sobresaltos, de sueños, de éxtasis deliciosos, de locura delirante.

Y el eco, el eco de aquella extensa playa, de aquellas llanuras limitadas por un mar inmenso, repetía: “Andina, inocente Andina, eso es el amor”.

–¿El amor?– decía ella en su ignorancia encantada –¿y qué es el amor?

De pronto, rásganse las brumas del horizonte, y una vela plateada avanza hacia tierra surcando aquellas ondas de luz, con una ligereza y gallardía, cual un ave de nevado plumaje que hendiera los espacios en su rápido volar.

Absorta en aquella visión, la joven india quédase parada junto a un grupo de rocas, esperando con curiosidad la velera nave que ya se acercaba a la ribera.

Arrogante mancebo de raza blanca traspone a nado la corta distancia que faltaba para alcanzar la deseada orilla, y su voz potente de un timbre purísimo, confundiéndose con los suspiros de la brisa, entona apasionado un himno de amor y adoración al percibir a Andina.

–¿Eres tú la ninfa de estos lugares, la princesa Andina, cuya fama se extiende por la tierra americana desde las brumas y hielos del mar de Hane hasta las abruptas rompientes del Océano austral? ¿Eres tú la gentil doncella que enamoras a todos los hombres, y cuyos hechizos son tan seductores que mueren de amor al contemplarte? ¡Oh Andina, yo te amo!... Desde las costas de la gran isla en que reino yo, el más hermoso mancebo de mi nación, desde la rica y fertilísima Atlántida, vengo en esta nave, lleno el corazón de pasión inextinguible y el alma de esperanza, desafiando los vientos y las olas por conocerte, por admirarte, por decirte, hermosísima Andina, lo que es amor.

–¿Lo que es amor?– dijo ella con dulce y candoroso acento, acercándose al hermoso príncipe, con una invencible curiosidad.–¿Y quién eres tú que sabes lo que es el amor?–

–Princesa de los Andes, reina del valle andino, yo soy Atlante, y vengo atraído por la fama de tu belleza y de tus divinos encantos a ofrecerte mi inmensa pasión, mi nombre y mis riquezas. Yo soy el más poderoso y más temido rey de mi hermosa Atlántida, tengo un palacio de púrpura y de oro, y en él te espera la dicha sin fin de ser amada, de ser reina de mi albedrío. En mis brazos, niña gentil, serás feliz y te envidiarán las mujeres blancas de mi tierra, las flores de la pradera, las aves de los bosques, las espumas de ese mar azul, y hasta la brisa vagarosa que lleva nuestras voces en ondas de sonoridad infinita, y como un himno dulcísimo y grandioso, hasta las titilantes estrellas de nuestro esplendoroso cielo, que nos están diciendo que allí también debe existir el amor.

–¿Y qué es amor?– replicó la india con tierno y arrobador acento; dímelo tú, hijo del Cemí, que moras en esa tierra hermosa que me atrae porque es la tuya. Dímelo si lo sabes, pues en vano lo pregunto a la brisa, a las flores, a las estrellas, a ese mar que cual sábana de espumas se pierde en lontananza. Todo repite esa palabra sagrada, todo habla un lenguaje dulce, apasionado, lleno de divina armonía, que yo no comprendo aún, y quiero comprender. ¿Podrás tú satis-

facer el ansia infinita que me inquieta? ¿Podrás decirme lo que es amor?

–¡Oh, niña hechicera! tú, la más hermosa india de la tierra americana, sí, sí puedo decirte lo que es amor; porque lo siente mi alma, porque llena mi corazón, y ofusca mi mente, porque te amo a ti, a ti, bellísima mujer.

Mira, dijo estrechando la cimbradora cintura de la india, fijando en sus ojos su mirar de fuego, y con apasionado y conmovedor acento: Amor es la fuerza inagotable e irresistible que atrae un ser a otro ser para formar un ángel; un grano de arena a su compañero para crear un mundo; una flor a otra para producir un fruto; y un sol a otro sol para sostener el equilibrio de la naturaleza entera, cuyas moléculas mezclándose, confundiéndose en un paroxismo de placer, producen otros seres y originan otras vidas, y en esa transformación incesante y necesaria, se renueva la Creación que será siempre joven, siempre fecunda e imperecedera.

–Pero tú qué eres y yo qué soy en medio de este torbellino?

–Tú eres la mujer síntesis de toda la belleza, de toda la poesía y hermosura de la tierra; yo soy el hombre conjunto de fuerza y de flaqueza, de bien y mal, de grandeza y pequeñez. Por el alma y la inteligencia poderoso hasta tocar con la frente el infinito, y por la frágil materia de que estoy formado, pobre y miserable como el último ser de la Creación. Pero poseo un entendimiento para comprender la grandeza de nuestro Cemí, un alma adorable y un corazón todo fuego, todo pasión para quererte a ti la más bella criatura formada por su poder. Ámame, pues, Andina, y sígueme a la tierra hermosa que me espera. Arrójate en mis brazos y seamos felices por toda una eternidad...

Y el osado mancebo, poseído del vértigo del amor, depositó un ardoroso beso en los divinos labios de la india, que como un suspiro dejó escapar estas palabras de una ternura infinita:

–Sí, te amo, Atlante... ¡Ah! ya sé lo que es amor!...

Y doblando su hermosa cabeza sobre los hombros del príncipe, en fuerza de la emoción, perdió la conciencia del ser y se dejó conducir por el apasionado joven a la nave que los aguardaba para trasladarlos al paraíso de su amor.

Los infelices amantes jamás llegaron al palacio de pórvido del rey de la Atlántida. Absortos en su ventura no se dieron cuenta del horroso cataclismo que en una sola noche, aquella en que atravesaban el océano llenos de felicidad, hizo desaparecer de la faz de la tierra la famosa Atlántida cantada por los poetas, y el primoroso valle andino que quedó ignorado para siempre; sobresaliendo sólo algunas eminencias de las más altas montañas que formaron el archipiélago de las Antillas, donde los indios conservaron por tradición el recuerdo de la bella Andina.

Y en la cumbre de Luquillo, y en el Cibao y en las montañas de Cuba y de Jamaica, creían percibir, como un eco gemebundo, en las hermosas noches, cuando la luna resplandeciente brilla en el profundo cielo, la voz apasionada de la india cuando con amoroso acento preguntaba a Atlante lo que es amor.¹

¹ Ana Roquè, “Andina (Novela fantástica)”, *Sara la obrera*, Ponce, Imprenta de Manuel López, 1895; pp. 29–37.